

La historia falsa

No se trata de imaginar complots y venganzas o de disculpar a unos en perjuicio de otros. La auténtica cuestión es: en qué medida el aparato policial del régimen fascista, su adiestrada y tentacular «policía política», supo «jugar» con estos hombres. Ciertamente, a éstos se les infligía, en dosis masivas por parte de la Internacional y de los líderes rusos, una pedagogía «revolucionaria» consistente en primer lugar en el adiestramiento para moverse en la «clandestinidad», pero no podían desde luego improvisar tan difícil (y en su mayor parte azarosa) técnica. Fueron sobre todo los italianos los primeros en tener que actuar contando con este problema. Ni el KPD en la Alemania de Weimar, ni los franceses o los ingleses, para quienes en plena lucha política «a la luz del sol», casi todos los problemas se presentaban de manera diferente. Para los Grieco o Togliatti, por no hablar de Tasca, Ravera, Silone, etc., treintañeros llegados a la lucha política a caballo de la «gran guerra», no era poca cosa improvisar técnicas y tácticas para enfrentarse a los bien equipados y adiestrados funcionarios de larga carrera coordinados por un hábil y experto director como Arturo Bocchini. Y encima teniendo que moverse por un país cada vez más subyugado, tanto psicológicamente como popularmente, por el fascismo. No es irrelevante por ejemplo constatar que, en el momento de intentar poner a salvo al líder más importante, Gramsci, en la red encargada de la operación de salvamento un eslabón vital era un prometedor hombre de Gulí, el supuesto «marinero comunista», Ostéria. Se puede por tanto decir que en dos circunstancias importantes de aquellos primeros pasos en la clandestinidad —la caída de Gramsci (noviembre de

1926) y el torpe intento de Grieco de establecer contacto directo con los detenidos (febrero de 1928)— nuestros personajes fueron «toreados» con gran estilo y consecuencias irreparables.

Pero cuando años después la situación se invierte, y en la derrota catastrófica del fascismo los comunistas italianos supieron conquistar un papel principal en el marco de la «guerra de liberación» —guerra paralela y significativa políticamente respecto al choque entre ejércitos que se desarrollaba sobre nuestro territorio— y llegó el momento de escribir la historia del pasado reciente, como siempre ocurre, a la luz de cómo había terminado, entonces, en nombre de una hagiografía de partido políticamente necesaria, aquellos desastres iniciales (¡arrastrados durante años!) fueron oscurecidos. Y se escribió una historia lineal, sin pliegues, que ocultaba todo aquello que desentonara con la deseada linealidad. Caídas, dobles juegos, traiciones, clamorosas derrotas, etc. fueron eliminados del cuadro. Porque el mito *necesario* que debía consolidarse y esculpirse en la conciencia propia y ajena era que el Partido Comunista, en realidad el único que en los largos años del régimen llegó en todo caso a enfrentarse *en Italia* (no en los *bis-trots* parisinos) con el aparato represivo fascista, no había mostrado ni grietas ni concesiones, ni sufrido traiciones. Y eso que hay traiciones que están documentadas por fuentes oficiales y fuera de toda sospecha como la lista de informadores de la OVRA publicada en la *Gaceta Oficial de la República Italiana* (2 de julio de 1946, n° 145).²⁵⁸ Está en línea con este enfoque el fatigoso intento de lograr la cuadratura del círculo en el caso de las cartas de Grieco (*arcanum* mantenido como tal hasta agosto de 1968, aunque se adivinase desde antes por los documentos disponibles y fuese bien conocido por todos los protagonistas aún vivos del asunto).

²⁵⁸ Es el caso, embarazoso, de Angelo Scucchia (que fue también el agresor de Gramsci en la cárcel de Turi) al que incluso se le pide un testimonio para el volumen *Gramsci vivo* (Paulesu, 1977, pp. 215-226). Está en la p. 15 de la lista de la OVRA. Y habría bastado con hojear el fascículo sobre él del CPC (b. 4718, fasc. Scucchia Angelo). Que un ignorante como el craxista Landolfi se exalte por Scucchia (*Avanti!*, 11 de febrero de 1989, p. 2) se puede entender. Que en la *Storia* Spriano no hable nunca claramente sobre Scucchia es más sorprendente (Spriano, 1969, pp. 276n., 280, 285).

Es desconcertante que todavía en 1968, en 1977 y aún en 1988, Spriano, dentro de un estilo (también prosístico) que quería marcar el paso de la historiografía «de partido» a la historiografía «científica», continuase anclado en la «cuadratura del círculo». (Cuya palabra simbólica es «ligereza».) Pero con efectos, lo cual era fácilmente previsible, devastadores.

Hubo un tiempo en el que la «historia del Partido» se parecía a la *Storia ecclesiastica* de Eusebio. En ese tipo de historia, los buenos y malos siempre se distinguen fácilmente por vistosas señales y se enfrentan entre sí sin matices intermedios. Y los malos son así desde siempre, igual que los buenos. En ese tipo de historia —éste es su aspecto más irritante— no hay realmente un *relato* o mejor dicho, el relato coincide, se identifica con la *explicación de los hechos* deseada por la parte vencedora. Un poco como en la historia romana «relatada» por Agustín en *De Civitate Dei* o en las *Historiae adversum Paganos* (título alucinante) de Orosio.

En la *Storia* de Eusebio, compuesta sobre el modelo de los libros «históricos» del Antiguo Testamento, el fenómeno se presenta de manera rotunda. Este libro ha hecho escuela. Destaca, en el relato eusebiano, el destino de Licinio, antes aliado de Constantino contra Maximino Daya (IX, 10, 1-6) y después rival suyo (X, 8, 2-19). El relato-explicación que Eusebio ofrece de este cambio es lineal: el demonio no podía soportar la vista de la feliz condición del Imperio bajo los dos emperadores cristianos. Por eso Licinio, «animado por su envidia hacia su benefactor [Constantino] inició contra él una guerra execrable, contra las leyes de la naturaleza y de los juramentos (...) El óptimo emperador le había dado pruebas de auténtica benevolencia. Pero Licinio desarrollaba una actividad de oposición. Cada día tramaba algo. Pero Dios era amigo de Constantino, su protector y custodio: hizo por tanto salir a la luz las insidias preparadas contra él en la sombra, y las disipó», etc.²⁵⁹

El equivalente moderno de esta «historia» eusebiana es la *Historia del PC(b) de la Unión Soviética*, escrita por un *pool* de políticos

²⁵⁹ Eusebio intentó también eliminar, en lo posible, todo lo positivo que había escrito anteriormente sobre Licinio. Pero no pudo hacerse con todos los ejemplares ya en circulación de su *Storia*.

(vencedores de la larguísima guerra civil soviética) dirigido por Stalin. También aquí el relato de los hechos y su interpretación por parte de los vencedores se hacen uno, el relato no es una *reconstrucción*, es ya *relato interpretado*. Un ejemplo entre otros: las negociaciones de Brest-Litovsk. Ahí era Trotski quien se enfrentaba a los vencedores, como comisario de Exteriores. He aquí la crónica: «Todos los contrarrevolucionarios, desde los mencheviques y social-revolucionarios hasta los más empecinados guardias blancos desencadenaron una agitación furibunda contra la firma del tratado de paz, para provocar una ofensiva alemana (...) Sus aliados en aquella infame empresa eran Trotski y su secuaz Bujarin», etc.²⁶⁰ Desde luego los ingredientes y el «razonamiento» subyacente están claros: a) Trotski era contrario a la aceptación de las durísimas condiciones de paz exigidas por alemanes y austriacos; b) a favor de continuar a ultranza la guerra al lado de la Entente estaban las otras formaciones políticas y obviamente los «blancos»; c) continuar la guerra hubiera llevado a la derrota y al final del gobierno revolucionario; d) *ergo* Trotski no sólo era aliado de los «guardias blancos» ¡sino que también pretendía la destrucción de la recién nacida Rusia bolchevique! Ejemplares de todo el conjunto, son los títulos de algunos capítulos (cap. IX, § 4): «Los bujarinistas degeneran en politicastros con doble rostro. Los trotskistas de doble rostro degeneran en una banda de guardias blancos, asesinos y espías. El infame asesinato de Kírov. El Partido toma medidas para reforzar la vigilancia bolchevique».

En la guerra civil desencadenada entre las facciones del Partido, y extendida a toda la sociedad, la lucha fue sin cuartel. Los golpes del adversario, motivados por una mentalidad revolucionaria que no cede ante nada,²⁶¹ son presentados en el *relato-interpretación* de los vencedores, *tout court* como crímenes (asesinato, espionaje, etc.). Moviéndose dentro de una perspectiva de guerra civil (fue guerra civil y guerra de religión a la vez) se escribe de esta manera feroz y aberrante. De hecho no se trata de historiografía, se trata de otra cosa (pedagogía para militantes, hagiografía, no historia).

²⁶⁰ Stalin, 1944, pp. 271-272.

²⁶¹ Útil al respecto es lo que observa Feuchtwanger, 1946, pp. 96-98.

Hubo, desde luego, también textos cuyo nivel estilístico era mucho más elevado, como es el caso por ejemplo del primer comentario cesariano de la guerra civil, o la autobiografía de Trotski (*Mein Leben*, que fue en los años treinta un éxito editorial de Mondadori). Pero también aquí, si las páginas que no tienen que ver directamente con el mortal conflicto con Stalin nos parecen de alta literatura, habitualmente se siente por las demás cierto rechazo. Es difícil dar crédito a la manera en que se retrata a Stalin *en cada una de sus apariciones*: o está ausente en los momentos decisivos, o hace daño, o peor. Desde luego *Mein Leben* de Trotski sigue siendo un gran libro, aparte de un importante testimonio, pero suscita sospechas cuando se llega al enemigo mortal. Y los ejemplos de este extraordinario fenómeno que es la «historia falsa» podrían multiplicarse: desde la historia jacobina de la Francia revolucionaria en lucha contra «les tyrans» a la historia «sabauda» del Risorgimento italiano.

Pero cuando Spriano escribía *aquella época había acabado*, todo su estilo, toda su obra significaban que se había pasado a la «historiografía» mediante la difícil piedra de toque de un tema (el PCI) tan controvertido (visto que su pasado nunca salió del todo de su presente) y ya tan significativo para la realidad italiana *precisamente* por culpa de aquella particular gestión político-ecclesiástica del propio pasado. Por esta razón el esfuerzo de Spriano por rescatar lo rescatable de la historia sagrada nos parece inaceptable. El respiro ha sido corto y en algunos puntos decisivos ha tenido, sin querer ciertamente, un efecto contrario. La superposición y entrelazamiento en su fascinante relato de historia falsa e historia verdadera ha hecho casi ineficaz especialmente con los interlocutores hostiles, lo mejor de su tarea. Y así, por ejemplo, acabó pareciendo también sospechosa y en todo caso *ad usum delphini* una auténtica contribución como la aclaración que Spriano daba sobre el papel positivo y valiente de Togliatti en el momento más trágico de la historia del PCI: 1938.²⁶² El insoluble apego a algunas premisas intocables de la «historiografía del Partido»

²⁶² No debe olvidarse que aquel momento extiende y prolonga sus efectos más allá de aquel año: al menos hasta 1941.

militancia,²⁶⁶ es precisamente el de 1938-1939. Togliatti salva entonces lo que queda del Partido de la alucinante autodestrucción hacia la que lo estaba empujando Berti, el *missus dominicus* (septiembre de 1938). Al año siguiente, llegado con fortuna a París tras la caída de Madrid, es arrestado por la policía francesa, que no le busca a él sino que va de cabeza a por la dirección ultrasecreta del Centro exterior, que ahora ya conoce. ¿Cómo conoce esa dirección? Pudo ser un «favor» entre policías. En abril de 1939 hubo un inaudito acto de traición: alguien de la cúpula del PCI le pasó a la policía italiana todo el organigrama, direcciones incluidas, del Partido. Y la policía italiana hizo una lista que consternó diez años después a los dirigentes comunistas en vida que llegaron a verla.²⁶⁷ Afortunadamente liberado, Togliatti es catapultado a Moscú (primavera de 1940) en la peor posición posible, e incluso le investigan entre otras cosas por la «ligereza conspirativa» de haberse dejado arrestar. Al volver del exilio (marzo de 1944), tras adoptar la estrategia de hacer tabla rasa con el pasado desde la perspectiva no propagandística de un partido realmente «nuevo», Togliatti prefirió durante muchísimo tiempo *no colaborar* en la reconstrucción historiográfica del PCI anterior a 1944.²⁶⁸ Contribuyó por lo tanto no poco, y durante muchos años, a la afirmación de la «historia falsa». Quizás era la única opción práctica posible, pero fue muy desastrosa a largo plazo. Sobre todo cuando empiezan las inevitables «revisiones» y ya no hay ni siquiera testigos directos ni protagonistas. Sólo parcialmente quiso ponerle remedio a esto con algunos textos historiográficos sobre puntos relevantes concretos en los últimos dos o tres años de su vida.

También por esta razón, como se ha visto en el caso particular pero de ningún modo marginal de las «cartas de Grieco», la tarea, para quien quiera afrontarla *sine ira et studio*, de reconstruir aquella historia, se hace especialmente ardua.

²⁶⁶ «En la política», escribía gramscianamente, «está para el individuo la esencia de su vida moral».

²⁶⁷ Bertelli, 1980, pp. 86-115, con el comentario de Ambrogio Donini en la p. 87 del mismo libro.

²⁶⁸ Su volumen sobre la formación del grupo dirigente del PCI es de 1961. Tuvo que ocurrir, entre medias, el terremoto del XX Congreso.

hizo que esta importante reconstrucción, que debemos a Spriano, de ese terrible momento y de la valiente solución de Togliatti, fuese mirada con sospecha y por tanto fuese incomprendida.

No reconstruiremos el asunto. Lo ha hecho ya Spriano en el III volumen de la *Storia* y más detalladamente en *Gramsci in carcere*.²⁶³ Diremos solamente lo esencial. En la encarnizada reunión de la cúpula del PCI en París, presa del fanatismo kominternista de Berti (12 de agosto de 1938), cuando incluso Grieco, secretario saliente, se esfuerza por hacer suya la crítica de Manuilski a Gramsci y es el primero en hablar, seguido de Berti y Di Vittorio, la conclusión suicida es: «Hacer un documento público sobre la carta de Gramsci [octubre de 1926] publicada por los socialistas». Es Togliatti quien impide (16 de septiembre) que esta locura tenga lugar. Su decisión, en ese momento y después, teniendo en cuenta lo poco que quedaba del PCI, fue la de salvar a todos, disipar rencores y recriminaciones y, cuando fuera posible, volver a empezar.

Pero por una serie de razones, y en primer lugar por los veinte años de liderazgo incuestionable tras su retorno del exilio, que coincidió con la apertura de un nuevo y radical conflicto (la «guerra fría»), su destino historiográfico —por usar una metáfora técnica— ha sido el de pararrayos. Que fuese la diana privilegiada de la historiografía (y de la para-historiografía) programáticamente hostil, no siempre bien documentada (ni deseosa de estarlo) era obvio. Más interesante fue lo que siguió. Tras su muerte hay diversas fases. En primer lugar una «destogliattización» rampante (que convive mucho tiempo con un «culto» oficial). Se puede comprobar hojeando *Rinascita*, donde por entonces (especialmente de 1968 en adelante) comenzaron a aparecer cada vez más a menudo cartas y documentos de archivo, como si la investigación —en vida de Togliatti— hubiera sido contenida. No se dice, pero se actúa como si las cosas hubiesen sido así. (También es lícito preguntarse cuánto pudieron contar la pasividad subjetiva y el conformismo.) Pero a finales de los años setenta empieza otro fenómeno que culminará en 1989-1991, el del arrepentimiento en sentido anticomunista de buena parte de los intelectuales y después

²⁶³ Sobre todo Spriano, 1982, pp. 108-109.

de los dirigentes, del propio Partido Comunista. Cuando se completó el proceso, precisamente porque la gran obra de Spriano no había conseguido desvincularse del todo de sus «lazos» con la tradición hagiográfica y más bien aparecía lastrada (si no desacreditada por el epíteto entonces habitual de «historiografía oficial» del PCI), se dio otra paradoja: que de hecho *sic et simpliciter* todo lo que la *vulgata* hostil había construido con el apoyo de los medios de comunicación, se convirtió, también gracias al frente cada vez más amplio de arrepentidos, en verdad absoluta.

Por todas estas razones se ha hecho cada vez más difícil trabajar científicamente en la biografía de Togliatti distinguiendo claramente y sin complejos entre los diferentes momentos históricos y entre las decisiones concretas que tomó.²⁶⁴

Estaríamos tentados de recomendar a los avergonzados huérfanos y apóstatas de la historia sagrada (las dos reacciones son muy similares) una lectura más asidua de las *Vidas* de Plutarco. En ellas —como se sabe— un elemento recurrente es el efecto variable de las oscilaciones de *Tyche*: el cambio de signo dentro de la misma vida, la *metabolé*. Plutarco no fija nunca a su personaje, aunque sea el terrible Sila, a un cliché fijo y preconcebido, sino que lo acompaña, se podría decir, en los meandros de su camino, que son el alimento mismo de su relato. Así, en el caso de Togliatti se trata, precisamente, de *distinguir*. En su larga militancia política hubo adhesión en los momentos más feroces de la lucha entre Stalin y las oposiciones, hubo amplitud de miras y perplejidad (según le reprochaba Gobetti) y el coraje de asumir conscientemente unos riesgos personales y también la derrota. Los personajes históricos no son imputados.²⁶⁵ El momento central de su vida, que fue casi exclusivamente de

²⁶⁴ Excepción positiva, la biografía de Togliatti escrita por Aldo Agosti. Es memorable la salida del multi-arrepentido Achille Occhetto en el célebre «discurso de Civitavecchia» (8 de julio de 1988) sobre un Togliatti «cómplice» de Stalin, cosa que deleitó a Claudio Martelli. (Todas personas de las que ya nadie se acuerda.) Aquella intervención occhettiana fue después traducida al lenguaje culto por Biagio De Giovanni en *L'Unità* (entonces dirigida por D'Alema) en primera página: *C'era una volta Togliatti e il comunismo reale*. «Había una vez Togliatti y el comunismo real.» Se preparaba el terreno para un giro político en perjuicio del trabajo historiográfico.

²⁶⁵ Luciano Canfora, *Come si deve scrivere la storia*, Mondadori, Milán, 2002, p. 59.